

ANTHROPOLOGICA N° 10 - DICIEMBRE 1992

**VIOLENCIA, CULTURA Y DESHUMANIZACION**

Javier Zorrilla Eguren \*

---

\* Master en Antropología. Santiago, Enero, 1991.



Mi reflexión se dirige a analizar las raíces culturales de la violencia, evidenciando los efectos de deshumanización que este hecho produce en el orden social. Especialmente, considera el rol que para la generación y reproducción de la violencia social y personal juegan determinadas creencias comúnmente establecidas. Las he denominado: “el culto a los objetos”, “el principio de la obediencia debida”, “el bien y el mal” y “el sufrimiento es bueno y necesario para la vida”. Propongo la hipótesis de que su alto grado de universalidad e influencia se basa en una forma de representar y percibir el mundo a la que llamo “realismo mágico” (sin aludir con ello a la corriente estética), en la que el individuo atribuye a determinados objetos existencia en sí y poder absoluto para resolver los distintos problemas que plantea la existencia.

Tales ídolos<sup>1</sup> terminan por hipnotizar a la conciencia, convirtiéndose en valores articuladores de los proyectos personales de vida, así como en justificadores de la acción violenta que hoy se ejerce sobre la mayoría de la humanidad... Pero, antes de ingresar al desarrollo propio del tema, definiré primero y brevemente el marco conceptual de referencia.

Empleo el concepto “cultura” en su acepción antropológica corriente, refiriendo a un conjunto de creencias, conocimientos, normas y valores que constituyen una representación de la realidad, a la vez que un recurso para transformarla.

Para el antropólogo, la cultura es una forma de ver y operar en el mundo entre otras; pero, para la percepción diaria del hombre de la calle, la cultura no es un orden más, sino la “mismísima” realidad. En esta perspectiva, la cul-

---

1. Francis Bacon, en su obra *Novum Organum*, llama ídolos a las distintas creencias, símbolos y objetos que hacen errar al ser humano en su ciencia y su conducta.

tura se puede interpretar como una imagen del mundo que otorga sentido a la acción humana en su permanente tarea de adaptación. Cuando la cultura falla en esta función, al legitimar un orden social que no es capaz de satisfacer las necesidades del ser humano, su mantenimiento y reproducción en la vida personal y colectiva deja de tener sentido; entonces, se hace imperativo acometer su revisión, cuestionamiento y transformación.

En cuanto al concepto de violencia, siguiendo las orientaciones de Galtung y Domenach, se puede definir como un fenómeno sicosocial *evitable* por el que un determinado individuo o grupo social se apropia de la intencionalidad del otro, forzándolo a un estado o condición no consentido libremente por él. Es conveniente resaltar el rasgo de evitabilidad, en el interés de desestimar una interpretación naturalista y determinista de la violencia. Por el contrario, este fenómeno parece ser un producto de determinadas condiciones económicas, sociales y culturales, y un resultado de la intención de las personas o grupos que la ejercen, antes que una característica esencial e inalterable de la naturaleza humana concebida zoológicamente.

Sin embargo, para un manejo operativo y sistemático del concepto de violencia, es necesario introducir algunas diferenciaciones. La “violencia estructural” se establece cuando en un orden social cualquiera un grupo particular se ha apropiado de la riqueza y el poder del conjunto, sometiendo al resto a la imposibilidad de desarrollarse integral y satisfactoriamente. En este contexto, el término “violencia cultural” referirá necesariamente a aquellas creencias, normas y valores que fundamentan el estado de violencia estructural, al igual que obstaculizan la acción transformadora de aquellos que se encuentran sometidos a él.

Por su parte, la “deshumanización” puede definirse como un proceso en el que el ser humano se encuentra impedido para plasmar su intencionalidad en la superación de aquellos condicionamientos que obstaculizan la satisfacción de sus necesidades básicas y, por lo tanto, su desarrollo. Es importante destacar que el concepto “necesidades básicas” debe incluir, a mi juicio, a las de orden material (alimentación, salud, vivienda, vestido), síquico (sexualidad, afecto, comunicación, identidad), social (trabajo, educación, poder, participación), y existencial (valores, sentido de vida, autorealización).

Si se observa el mundo actual desde el punto de vista del grado de satisfacción de las necesidades básicas, tomándolo como indicador concreto de humanización, es evidente que para una gran mayoría éstas no se encuentran debidamente satisfechas. En los países industrializados se sufre predominan-

temente por stress, soledad, mecanización y sinsentido; mientras que en los así llamados “en desarrollo” se padece por pobreza, atraso tecnológico y frustración de expectativas; pero en ambos se encuentran discriminación, autoritarismo, y adhesión a falsos valores, apreciándose, además, que el trato social es deshumanizante y cosificador.

Intento mostrar, entonces, cómo en la actualidad, en el orden social mundial, la violencia cultural, bajo la forma de determinadas creencias idolátricas, cimienta la violencia estructural, al inhibir el protagonismo social y la iniciativa de cambio de grandes mayorías, hoy sometidas a un proceso creciente de deshumanización.

El procedimiento metodológico consistió en un análisis interpretativo de creencias, el que siguió los siguientes pasos:

- 1) Identificación y descripción de creencias como expresiones de violencia cultural;
- 2) Análisis de su relación con la violencia estructural;
- 3) Análisis de sus efectos deshumanizadores;
- 4) Interpretación de las relaciones sistémicas entre ellas;
- 5) Lanzamiento de una hipótesis general sobre el fenómeno de la violencia cultural.

En cuanto al concepto de creencia, aún no definido explícitamente, dire que lo trato como una imagen profunda de la conciencia individual y colectiva; una imagen generadora de actitudes, comportamientos, valores y normas; una imagen que sustenta hábitos, instituciones e ideologías: en este último sentido, una imagen que sirve de soporte al orden social.

#### Creencia 1: *El culto a los objetos*<sup>2</sup>

Esta creencia sostiene que el valor de las personas depende esencialmente de la cantidad y calidad de cosas que ellas posean. Bajo su influencia el individuo actúa en la intención exclusiva de extraer, retener, acumular y

---

2. Nuestra perspectiva en la interpretación de esta creencia se basa en la distinción entre “ser” y “tener” desarrollada por Fromm y en el concepto de Marx sobre el fetichismo del dinero y la mercancía.

concentrar. Esta tendencia se traslada con facilidad a los afectos, los conocimientos, los valores y las personas, las que finalmente terminan siendo consideradas como cosas.

En el mundo actual, el culto al dinero se ha convertido en la expresión máxima del culto a los objetos. Hoy, el dinero, como símbolo y medio de poder, significa bastante más que la vida humana: por él se promueven guerras, se dividen las naciones y se negocia con armamento cuyo poder de destrucción es casi ilimitado; por dinero se explotan irracionalmente los recursos humanos y naturales de la tierra; a nivel interpersonal, por dinero se mata, se traiciona y se corrompe.

La fuerza del dinero radica en el poder social y político que efectivamente otorga, pero sobre todo en la creencia de que él puede proporcionar la felicidad en el contexto de un sistema social prestigioso, consumista, fetichista y manipulador que lo ha elevado a la categoría de Dios. En rigor, desde esta perspectiva, tiene pleno sentido hablar de una religión del dinero, tanto más fanatizada por cuanto se concibe en la óptica de un pragmatismo liberal, en apariencia desideologizado, que se considera a sí mismo como la verdad absoluta y “la realidad”.

“El dinero hace girar al mundo”, cantaba Liza Minelli en el film Cabaret, y no le faltaba razón. Es el dinero y su correlato de poder, y no el ser humano, el valor central que orienta la racionalidad general y dominante del sistema. Si la sociedad dejara de creer en el dinero como fundamento de la vida personal y social, o solo viera en él un medio al servicio de la adaptación y evolución de la especie, el orden económico, político y cultural imperante sufriría un grave trastorno.

Pero la conciencia fanatizada por dinero —como por cualquier otro motivo o principio—, es no solo acrítica respecto al símbolo al que adora, sino que se encuentra dispuesta a trasgredir todo límite, incluyendo el de la vida humana, con tal de servirlo. El efecto deshumanizador de esta creencia es evidente, así como su decisiva contribución al estado de violencia estructural, dado que aporta el valor central por el que se justifica la oprobiosa desigualdad material y cultural que caracteriza el actual orden mundial.

Pero, al parecer, el hombre que padece de fanatismo por el dinero, obsesionado como está por defenderlo y acumularlo, no alcanza a fundamentar su existencia mediante un sentido liberador. Por ello, opta por fugarse en el ensoñamiento violentista o adormecedor que el sistema, a través de los medios

de comunicación, cotidianamente difunde. De esta manera, va quedando poco a poco cada vez más incapacitado para participar activa y creadoramente en el proceso de su autoconciente y querida liberación.

### Creencia 2: *La obediencia debida.*

En su proceso de socialización, el individuo es convencido de que las normas que el debe observar en la vida social deben cumplirse porque es “natural”, “bueno”, “necesario” o, por último, “inevitable” que así sea. Las razones o motivos de legitimación, a los que los agentes de socialización recurren, son muy variados, pero se pueden condensar en algunas formulaciones típicas como las siguientes: “así se hizo siempre”, “es la costumbre”, “es la voluntad de tu padre”, “es la ley de Dios”, “es la forma natural de hacerlo”, “la revolución lo demanda”, “es la ley de la historia”, etc.

La obediencia debida es un principio de general aceptación en la vida cotidiana. Su aplicación reviste también formulaciones banales y típicas, en las que generalmente se encuentra presente, en forma latente o manifiesta, la amenaza del castigo o la promesa de alguna recompensa: “si te portas bien, te doy un beso”, “si te portas mal, no te hablo”, “si hace lo que le digo, lo asciendo” “si eres virtuoso, te vas al cielo”, “si pecas te vas al infierno”.

En todos los casos de relación social autoritaria el mensaje de fondo es: “si no obedeces a mi voluntad —o a la voluntad superior que yo represento—, te expondrás al sufrimiento; pero si lo haces, entonces, no solo evitarás el sufrimiento, sino que obtendrás algún tipo de gratificación o placer”.

De este modo, el procedimiento por el cual el principio de la obediencia debida se impone es muy arcaico y elemental, pero también sumamente eficaz. Se trata, en realidad, de un sistema de sanción basado en una tendencia universal del comportamiento humano: el evitamiento del sufrimiento y la obtención de la felicidad. Al obedecer, se evita *aparentemente* la vivencia dolorosa y se obtiene, también aparentemente, la gratificante.

“Aparentemente”, porque la experiencia humana demuestra que difícilmente un estado de autorealización creciente puede desarrollarse a lo largo de la vida tomando como base existencial el miedo o el interés egocentrado.

El principio de obediencia debida fuerza al individuo a interiorizar y re-

próducir en la vida social el patrón cultural autoritario<sup>3</sup>. Este modelo de comportamiento trasciende las civilizaciones y los sistemas sociales. Lo encontramos en el patriarcalismo judeocristiano, en el islamismo y en las distintas expresiones históricas del despotismo y la dictadura. Pero también en las democracias formales actuales, organizando relaciones sociales en la familia y en las diferentes instituciones religiosas, educativas, políticas, económicas y, por supuesto, militares.

El principio de la obediencia debida es esencialmente violento porque impide la satisfacción de una necesidad humana básica: la participación libre en la toma de decisiones, especialmente las de esencial interés para la vida humana. Todo individuo tiene derecho a expresarse, a ser escuchado y tomado en cuenta, a recibir explicaciones, y a contar con las alternativas del caso para permanecer o retirarse de cualquier propuesta ideológica o curso de acción social, si así lo deseara.

Toda persona necesita plasmar su intencionalidad en el mundo, realizando proyectos y experiencias de las cuales extraer valores, normas y enseñanzas. Acceder por comprensión, es distinto a acatar por temor; actuar por consenso, es diferente a ejecutar una orden; orientarse por la propia voluntad y reflexión, es opuesto a ser forzado por una intención extraña que se materializa en un acto cualquiera de violencia física, económica, política, racial o religiosa.

El autoritarismo se aprovecha de las necesidades de subsistencia y seguridad del ser humano, así como del imperativo ineludible de contar con un orden social y una estructura de poder para conducir cooperativa y eficazmente el proceso de su adaptación. Por esta razón, el ser humano es proclive a defender o alcanzar su posición social por el servilismo o por la fuerza. Con mayor razón, si la sociedad en la que vive es altamente discriminatoria en oportunidades de trabajo, salud, educación y cultura. Este es el nido del autoritarismo, y el caldo de cultivo del principio de la obediencia debida, en tanto recursos de mantención de la violencia estructural.

Por otra parte, la conciencia autoritaria, al ser esencialmente dominante-dependiente, es incapaz de actuar por sí misma, si es que previamente no ha recibido la orden de la autoridad a la que se somete. Esta relación se encuen-

---

3. Para un análisis profuso del autoritarismo como fenómeno sicosocial, revisar "el miedo a la libertad de E. Fromm.



tra presente, tanto en el autoritarismo duro, basado en el castigo, como en el autoritarismo dulce, basado en la recompensa. Ambos son nefastos para el proceso de humanización, al debilitar las motivaciones y los comportamientos solidarios, libertarios y autoconcientes necesarios para que tal proceso avance, se desarrolle y se realice en la historia.

### Creencia 3: *el bien y el mal*

Otro condicionamiento cultural que ha servido para justificar los actos de deshumanización en contra de personas, grupos, pueblos y culturas, es la creencia en la existencia del bien y del mal como dos fuerzas independientes de la voluntad del hombre. Lo que es bueno y lo que es malo varía, sin embargo, de acuerdo a los valores centrales de los sistemas de creencias que fundamentan las distintas formas del actuar humano.

Es ya de perogrullo afirmar que aquello que es bueno para un musulmán no es necesariamente bueno para un católico; o lo que es malo para un comunista no lo es necesariamente para un liberal capitalista. No obstante, unos y otros pueden estar absolutamente convencidos de que sus respectivos sistemas son absolutos, y de que el bien y el mal existen de por sí al margen de la intencionalidad de su propia conciencia, en el marco de la cual su particular forma de ver el mundo adquiere su ser, su significación y su sentido.

Bajo el influjo de esta creencia, así concebida, se llega a pensar que determinadas razas, naciones, ideologías y agrupaciones pueden considerarse como buenas o malas por naturaleza, o como encarnaciones históricas del bien y el mal, de ángeles y demonios.

Los indígenas sudamericanos, por ejemplo, fueron imaginados por los españoles como animales idólatras adoradores del demonio, y con ello se pretendió justificar su persecución, explotación y muerte. Otros pueblos han sido igualmente satanizados y los casos son demasiados conocidos como para volver sobre ellos. Lo que sí llama la atención es la repetición histórica de este estereotipo oscurantista en todas las sociedades, y aún con más fuerza y capacidad de destrucción, en aquellas autodenominadas civilizadas. Los extranjeros, los miembros de religiones no oficiales, las minorías étnicas, las ideologías y los grupos marginales son los objetos sobre los que la conciencia colectiva establecida acostumbra a lanzar el acto satanizador.

En el orden mundial, la comunidad internacional ha quedado dividida y clasificada en países “desarrollados” y en “vías de desarrollo”. Estos últimos

eran llamados anteriormente “subdesarrollados”, y en la actualidad se los ubica en el así llamado “tercer mundo”. Estos términos, aparentemente descriptivos y neutros, poseen, sin embargo, fuerte carga ideológica negativa, al connotar pobreza, atraso, enfermedad, inmoralidad, desorden y caos, atributos típicos del mal.

Para el ciudadano común, estos estados no son el producto de una violencia estructural institucionalizada, e intencionalmente sostenida por grupos particulares de poder, sino son características congénitas, naturales, de las poblaciones en cuestión. De aquí, a la justificación de su desaparición y exterminio, que ya se produce en la práctica, vía el hambre y la pobreza, hay solamente un pequeño paso.

El convencimiento total de la existencia absoluta del bien (identificado con la propia agrupación e ideología), o del mal (identificado con los bandos opuestos), ofrece el instrumento ideológico ideal para que la conciencia fanatizada proceda a la eliminación de todos aquellos que no compartan su concepto de vida y sus intereses.

Es obvio que esta moral monopólica y maniquea, que es incapaz de respetar la intencionalidad y la vida ajena, sea una de las mejores armas para mantener, por medio del sometimiento físico, económico y mental, el estado de violencia estructural deshumanizador de nuestro mundo.

#### *Creencia 4: el sufrimiento es bueno y necesario para la vida*

El supuesto existencial de que el sufrimiento es algo natural, valioso e indispensable para el desarrollo de la vida humana está muy extendido y generalizado. Algunas religiones le han atribuido inclusive valor escatológico: “el que sufre es bueno y el que es bueno se salva”. La ética del sacrificio ha trascendido, sin embargo, la dimensión religiosa, trasladándose a los sistemas políticos, sociales y económicos que la han utilizado en su provecho.

En efecto, el principio justificador puede variar; y de sufrir para agradar a Dios se puede pasar a sufrir (a veces morir) por el rey, el partido, la empresa o la familia. Lo que no varía es el contenido sustancial de la creencia: sufrir es bueno, porque de alguna manera rescata, redime o salva. Pero que quede claro: no estoy objetando el tener ideales y realizar acciones por ellos, lo que puede otorgar un alegre y grato sentido a la vida. Lo que sí objeto es que las acciones se realicen por un sentido de sacrificio en el contexto de una moral que valora el sufrimiento.

Al sufrimiento se le ha atribuido también un rol central en el aprendizaje: "la letra con sangre entra". Es del todo conveniente diferenciar el esfuerzo y la inversión de energía física y mental, que es inevitable realizar para alcanzar cualquier objetivo de adaptación, del aprendizaje forzado y sufriente impuesto por la pedagogía autoritaria.

En general, es necesario distinguir entre una postura que valora el error y se dinamiza con la superación de un obstáculo, de aquella que se concibe como destinada a soportar el sufrimiento para pagar una culpa o saldar una deuda contraída desde el inicio de los tiempos por el solo hecho de haber nacido humano.

Si el sufrimiento se concibe como connatural al hombre y de necesidad absoluta para la vida, entonces nada más normal que infringirlo o padecerlo. Las éticas del sacrificio son en este sentido excelentes axiomas para justificar la imposición a otros, o a uno mismo, de todo tipo de condiciones deshumanizadoras. Se entiende así como el ser humano puede estar, con lastimoso orgullo, o aberrante resignación, tan dispuesto a aceptar condiciones de esclavitud, dominación y dependencia; y tan renuente a luchar por su liberación material, social y mental.

### *Síntesis: la violencia cultural como sistema*

Las diferentes creencias analizadas no se encuentran aisladas, sino que se relacionan estructuralmente formando un sistema de violencia cultural. La razón de ser y el centro de este sistema es en la época actual el dinero, en tanto símbolo dominante en el horizonte de la modernidad. El es el bien por excelencia, la base del éxito, el poder y la felicidad. No poseerlo es estar sometido a la pobreza, la marginación y el desprecio social.

Si el dinero es la finalidad del sistema, el *autoritarismo* es su método general y la *obediencia debida* su particular procedimiento. La advertencia es general: o se porta bien (es decir, contribuye a ganar dinero) o lo echamos a la calle.

Tal metodología de acción requiere, no obstante, de una moral que la justifique. La irracionalidad explotadora del sistema necesita de todas maneras de un maquillaje de corrección y bondad, al que se le suele llamar desarrollo o progreso. El pragmatismo materialista es especialmente apto para este propósito, al concebirse a sí mismo como la doctrina del éxito en el marco de una moral que justifica cualquier medio.

Finalmente, el sistema se completa con la aceptación colectiva del sufrimiento, que ofrece el trasfondo sicosocial adecuado para que la barbarie del sistema se haga socialmente aceptable. En estas condiciones, la existencia del ser humano se semeja más a una forma de esclavitud que al desarrollo libre de sus potencialidades.

### *El fundamento de la violencia cultural*

Cabe preguntarse por aquello que posibilita la existencia y el desarrollo de la violencia cultural: ¿hay alguna razón común constituyente del culto a los objetos, el principio de la obediencia debida, la existencia del bien y del mal y la idea de que el sufrimiento es algo valioso y necesario para la vida?

¿Qué visión del mundo puede favorecer por igual al fetichismo consumista, al autoritarismo, al maniqueísmo paranoico y a la ética sadomasoquista que caracterizan en forma general la civilización actual?

Una respuesta plausible se encuentra en lo que denominaba, al inicio de esta reflexión, *realismo mágico*. Por ello entiendo aquí una visión ingenua del mundo en la que el humano supone que los entes materiales o ideales que percibe son en sí, es decir, la conciencia no los deforma y los capta tal cual son "objetivamente". Esta captación no es solo un acto intelectual, sino también un acto emocional de adhesión o rechazo al objeto percibido, según los atributos y poderes que se le asignen. En este sentido, puede llegar a ser un acto mágico cuando la conciencia imagina que el objeto (ahora convertido en ídolo) le dará lo que ella cree que será su felicidad. A. Huxley sostenía que: "... en todo lo concerniente a nuestros móviles más profundos, persistimos en valernos de símbolos no solo irracionalmente sino con asomos de idolatría y hasta locura".

En el "realismo mágico", así entendido, la conciencia es absolutamente absorbida y disuelta en las cosas, y el mundo aparece como un orden dependiente de algún principio rector (dios, ley, voluntad o valor) que dispone de la sociedad y la historia, como si éstas no fueran producidas por los actos y las intenciones de los seres humanos.

Los "realistas mágicos" suponen que sus respectivos sistemas coinciden con una verdad universal externa a la conciencia humana, a la cual solo cabe obedecer y servir. Así entendida, esta postura conviene al autoritarismo y el fetichismo en la medida en que en un universo de principios y leyes absolutas todo está predeterminado y nada se puede hacer, como no sea justamente

aquello que el ídolo mande o indique, generalmente en forma de ofrendas o sacrificios, a cambio de poder, prestigio o algún otro estado supuesto de felicidad terrena o sobrenatural.

La seudoverdad externa, absoluta y universal, a la que esa suerte de objetivistas adora fanáticamente, es identificada con el "Bien", en términos de la única manera posible en que las cosas pueden y deben ser. El resto es el mal, todo aquello que debe ser eliminado del mundo en razón de su absurdo y perversión.

En conclusión, se puede decir que el realismo mágico sustenta la violencia estructural en la medida en que aporta el sistema de percepción sin el cual no es posible absolutizar el orden establecido, dotar de atributos sobrenaturales e incuestionables a la autoridad, y convencer al individuo de que ni aun el protagonismo social más decidido y organizado podrá cambiar el curso fatalmente predeterminado de las cosas.

Lo paradójico del caso es que lo social, justamente en oposición a lo natural, se define como historia, intención<sup>4</sup>, transformación del determinismo y, por lo tanto, afán de libertad. Diversos sistemas ideológicos de orden económico, político o religioso, que a lo largo de la historia pretendieron reinar sobre el hombre en forma absoluta, debieron aceptar con el paso del tiempo y el desarrollo de los procesos su valor solo provisional y relativo. El hombre los hizo, los mantuvo, y los reemplazará por otras formas síquicas y sociales que coincidan más con su voluntad transformadora, libertaria y superadora permanente del dolor y el sufrimiento.

Para finalizar, diré entonces que la crisis deshumanizadora que hoy afecta a la humanidad no es solo una crisis económica. Es algo más global y profundo. Es una crisis de la civilización y del individuo humano, fundamento mismo de la cultura, quien no haya aún un nivel adecuado de autoconciencia colectiva, entendida como la capacidad de los conjuntos humanos para dirigir la propia intencionalidad en una dirección no violenta y humanizadora de la historia, el mundo y el ser humano.

---

4. Berger y Luckmann han mostrado con gran penetración cómo las definiciones de "lo real", que los grupos asumen como absolutas, son construcciones históricas sociales en el marco de su tiempo y cultura, pero de las cuales el ser humano aparentemente no puede prescindir. Si esto fuera así, importaría entonces que en la definición de lo real se ubicara al ser humano como valor central, antes que cualquier otro objeto, ídolo o valor.

## BIBLIOGRAFIA

BACON, Francis.

1933 *Novum organum*. (Traducción de Francisco Gallach), Madrid, Espasa Calpe.

HUXLEY, Aldous.

1986 Prólogo a *La libertad primera y última* de J. Krishnamurti. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

FROMM, Erik

1978 *Ser y tener*. Fondo de Cultura Económica, México.

BERGER P. Y LUCKMANN T.

1972 *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.

GALTUNG, Johan

1981 *Contribución específica de la irenología al estudio de la violencia*. En "La violencia y sus causas". UNESCO, París.

DOMENACH, Jean-Marie

1981 *La violencia*. En "La violencia y sus causas". UNESCO, París.